B4568
.B2
A1
1851

Es propiepad del editor, y no se podrá reimprimir sin su permiso.

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

REPUBLICA FRANCESA. (*)

SONÓ por fin la hora: el formidable acontecimiento, tan deseado por unos, tan temido por otros, se ha realizado: Luis Felipe cayó. El huracán desencadenado por la Providencia, deshizo en un momento la costosa obra de los hombres; y la familia real y los gobernantes, personas é instituciones, todo se dispersó como un puñado de polvo. Catástrofe mas repentina, mas humillante para los caidos, no la ofrece la historia: cambio tan colosal en tan breve tiempo, no lo alcanzaba como posible la imaginacion de los mismos vencedores: ahora una monarquía poderosa, que se creía sólida; un instante despues la república: así en un terremoto se hunde una ciudad floreciente, y se abre un inmenso cráter, que lanza hasta las nubes una pirámide de fuego.

Respetemos el infortunio, pero sin olvidar la Providencia; la compasion no debe ser atea. La ruina de las grandezas humanas es siempre una leccion saludable; pero cuando esa ruina lleva todas las señales de expiacion, la enseñanza es mas grave, porque á un tiempo muestra lo perecedero de las cosas terrenas y lo inmutable de la justicia divina. A un anciano de 1830 corresponde otro anciano en 1848; á una viuda, otra viuda; á un huérfano, otro huérfano; solo que el anciano de 1830 sale desterrado, pero con la dignidad de un rey caido; el de 1848, se escapa, fugitivo, errante, como el último de los hombres; la viuda de 1830 no sufre el dolor y bochorno de presentarse á la cámara, y suplicar y no ser oida. ¡Terrible coincidencia! Al salir Luis Felipe del jardin de las Tullerías, se ve rodeado de turbas, comprimido por la muchedumbre,

(*) Al leerse el siguiente opúsculo sobre la república francesa y la influencia que ha tenido en otras naciones de Europa, debe tenerse en cuenta el estado en que ésta se hallaba cuando fué escrito este en Abril de 1848; habiéndole sobrevenido al autor en el mes de Mayo inmediato la funesta enfermedad que acabó con su preciosa existencia.—(ADVERTENCIA DEL EDITOR.)

solo con la reina, en gran peligro, ¿y dónde? al pié del obelisco, en el mismo punto donde se levantó el cadalso de Luis XVI y Maria Antonieta!... En aquellos mismos momentos, el pueblo desenfrenado devastaba el Palais-Royal, aquel palacio que en 1789 fué el centro de tantos complos, y de cuyos árboles tomó Camilo Demoulins la hoja fatídica que sirvió de enseña á la sublevacion de Paris!... Los hombres nada saben del porvenir: la Providencia lo prepara: cuando el porvenir llega, lo pasado se esplica: ahora se comprende lo que significaba la muerte tan imprevista, tan estraordinaria, del infortunado heredero de la corona: la Providencia queria afligir á aquella familia con una terrible catástrofe, y de antemano disponia las cosas, para que en el momento crítico no hubiese ni apoyo ni esperanza: cuando la tempestad se levantó, cuando fué precisa la abdicacion, mucho hubiera podido hacer la presencia de un rey de 37 años, estimado del pueblo: en vez de esto, no hubo mas que un regente mirado con sobreceño, una muger y un niño!... Aprended ¡oh reyes!

Mejor que otros, podia decir Luis Felipe: despues de mí el diluvio; porque la revolucion de Francia es un verdadero cataclismo: suceso colosal cuyas últimas consecuencias no se pueden prever, inaugura una época para la Francia y la Europa: los efectos no se divisan bien, pero se presiente su grandor: acontece como en aquellos horizontes que por carecer de límites, solo ofrecen á la vista una vaga inmensidad.

Es preciso penetrarse bien de la importancia del suceso; sin esto no fuera posible prepararse para sus consecuencias; las ilusiones podrian costar caras; las esperanzas trocarse en desesperacion. Creer que fuerzas estrangeras podrian ahogar la república francesa, es una ilusion incalificable; esperar que ella se circunscribirá á los límites de la dinastía de Julio, sería á mi ver una esperanza necia. La Francia gobernada por Luis Felipe, era débil como potencia europea, porque los intereses dinásticos le imponian la humillacion; pero la Francia republicana es una potencia colosal, porque á sus medios materiales reune el arma mas terrible, y que ella sabe manejar con mas arte, mas genio, mas energía: la propaganda revolucionaria.

Quien considere el suceso como de dimensiones pequeñas y de efectos reducidos, no es digno de refutacion, porque no es capaz de comprenderlo; hay en política como en literatura, un sentimiento de lo grande; el que carece de este don, no conoce mas belleza que la de afeite, ni mas política que la de salon. Nada comprende de la política grande, que se inspira con la consideracion de la sociedad, que elevándose sobre las mezquindades del momento, esplica lo pasado y augura el porvenir.

Los sucesos de Febrero no son una revolucion nueva, son una nueva fase de la antigua, de ese grande hecho de los tiempos modernos, que los historiadores tomarán siempre como una época, término de una serie de grandes evoluciones sociales, principio de otras no menos grandes. La revolucion de 1789, si ha de ser comprendida en toda su estension, no debe ser considerada, ni en la asamblea constituyente, ni en la Convencion, ni en el imperio, ni en sus crímenes, ni en sus hazañas; es preciso mirarla como un grande hecho social, en que las ideas, los sentimientos, los intereses, y todo cuanto habia germinado y crecido en los siglos anteriores para cambiar la faz del mundo, se acumuló, se condensó, se reunió en Francia, y sobre todo, en Paris, constituyendo un gran foco ustorio, que habia de fundir todo lo existente. Se encontró con un rey, y lo decapitó; con una familia real, y la esterminó; con la nobleza, y la suprimió; con el poder temporal del clero, y lo destruyó; con la Europa constituida, y la trastornó. Ahora prosigue: los períodos de paz fueron treguas; la obra de transformacion social se ha estado operando siempre en aquella inmensa fragua, ora á la luz del dia, ora bajo la tierra: los que creyeron que se acababa todo, primero con la restauracion, luego con la dinastía de Julio, se parecen á quien esperase que un volcán se apaga tapándole el cráter con una piedra. Dos veces se ha hecho el ensayo: en los intervalos, el volcán no ha cesado de arrojar llamaradas; hasta que al fin ha venido una fuerte erupcion, lanzándolo todo á distancias inmensas.

"Luis Felipe es un gran político; ademas, hay muchos intereses materiales que, ligados con la monarquía de Julio, son una garantía de su duracion." Así hablaban ciertos hombres, contestando á los que temiamos sobre el porvenir de la Francia, y esta contestacion, que, es preciso decirlo, no pasaba de ser una solemne vulgaridad, habia producido el efecto de alucinar á no pocos. Examinemos lo que vale. ¿Cuándo se ha juzgado del porvenir de un pais por el talento de un hombre? ¿No veis que ponderando el talento del hombre pintais el mal estado de las cosas? Si el solo mantener el órden prueba mucho talento, señal es que hay mucha dificultad en ello, y que existen poderosos elementos de desórden. "Ahora, se nos dirá, es fácil conocerlo; pero antes nadie lo dijera." ¿Nadie? Pues el que esto escribe decia lo siguiénte en Mayo de 1843:

"La Europa entera ha reconocido los hechos que fueron el resultado de la revolucion de Julio; pero semejante reconocimiento no le ha impedido mantenerse en cierta actitud de prevencion y desconfianza, cual si temiera que de un momento á otro no viniesen sucesos inesperados á dar á las cosas un sesgo peligroso. Y no se crea que siga la Europa esta línea de conducta por motivo de las mayores ó menores simpatías que conserve con la rama caida, ni porque dude de las miras pacíficas y tendencias conservadoras de la reinante: en cuanto á lo primero, pesa muy poco en la balanza de la política actual de los gabinetes el interes de un individuo ni de una familia, para que alcancen á recabar tanta consideracion ni,

influyan en el curso general de los acontecimientos; y por lo que toca á lo segundo, trece años de trabajos y de fatigas en contener la revolucion, y de concesiones y deferencias á los deseos y susceptibilidades de los gobiernos estrangeros, son prueba nada equívoca de que se tiene la voluntad de no permitir, en cuanto posible sea, el desbordamiento de las ideas revolucionarias, y que léjos de pensar en propaganda ni en resucitar cuestiones resueltas en 1815, solo se trata de no perder lo que se posee, añudando lo presente con lo pasado, y esforzándose en hacer mas y mas respetable el hecho, haciendo en cuanto cabe olvidar el orígen. Infiérese de aquí, que la desconfianza que abriga la Europa y tan visible se presenta á cada oportunidad que se ofrece, nace de la misma naturaleza de las cosas, y de que la Francia está muy lejos de dar sólidas garantías de órden y estabilidad.

"Háblase continuamente de la estraordinaria capacidad de Luis Felipe, de los inmensos resultados de su habilidad y prevision: no negaremos al gefe de la nueva dinastía las eminentes cualidades que le honran, ni pondremos en duda que la Francia le debe quizás el no haberse despeñado hasta el fondo del abismo hácia donde empezara á rodar con la revolucion de 1830; pero si no nos engañamos, los mismos elogios tributados á Luis Felipe son un tristísimo indicio del mal estado social y político en que debe de encontrarse la nacion que aquel monarca gobierna. En efecto: ¿por qué se pondera tanto su talento? porque ha sostenido el órden. ¡Desgraciado pueblo que para sostener el órden necesita un hombre estraordinario!

"Reflexionando sobre la línea de conducta seguida por Luis Felipe, notaremos que todo el secreto se reduce á lo que vulgarmente hablando se llama *tira y afloja*. Hay al rededor del trono dos docenas de hombres de principios mas ó menos parecidos, pero que divergen un tanto en la aplicacion, como deben diverger por necesidad, no cabiendo todos juntos en el ministerio."

. . . . . .

Describia despues el artículo quiénes eran los hombres que desde 1830 han regido los destinos de la Francia, y luego añadia:

"He aquí lo que son esos hombres; he aquí las manos á que está encomendada la suerte de la Francia; he aquí la situacion lamentable á que se halla conducida una gran nacion, merced á los que derribando todo lo existente sin edificar nada nuevo que ofreciese suficientes garantías de estabilidad y duracion, han dejado la sociedad como casa cimentada sobre la arena, espuesta á caer á la primera arremetida de los vientos.

"Esos hombres gobiernan la Francia, porque en algun modo representan la Francia. Ellos son hijos de la revolucion, y discípulos encubiertos de la escuela filosófica del pasado siglo; y la Francia tal como existe, es tambien hija de la revolucion, y formada tambien en buena parte en la misma escuela: ellos profesan odio á

todo lo antiguo, y gran parte de la Francia ha cambiado tambien de ideas y costumbres, apartándose del camino que siguieran sus antepasados; ellos no se atreven á sacar todas las consecuencias de los principios que profesan, y la Francia tampoco se atreve á hacerlo: tambien retrocede espantada á la vista del fantasma aterrador que amenaza arrebatarle su bienestar material, destruyendo el órden público; ellos desean enlazar en apariencia lo presente con lo pasado, sin abjurar empero sus erróneas doctrinas: la Francia se inclina tambien á rehabilitar los siglos anteriores, en la literatura, en las ciencias, en las artes, á manera de distraccion y pasatiempo, no concediéndoles empero sino un lugar muy secundario en las regiones del entendimiento, mas no ascendiente sobre el corazon; ellos están inciertos, la Francia está incierta: ellos fluctúan, la Francia fluctúa tambien; ellos no piensan en el dia de mañana porque los ocupa el dia de hoy; ellos descuidan la gloria nacional, y se ocupan principalmente de los intereses materiales, y en esto imitan á la Francia, que trabajada y maleada por una filosofía irreligiosa, ha visto entronizar en su seno el egoismo, que no conoce otros medios que el oro, ni otro fin que el goce. No, no tienen la culpa los gobernantes, si aquella nacion desciende del alto puesto que le corresponde. En trece años de paz, con un gobierno representativo de tanta latitud, la prensa libre, la guardia nacional, un numeroso ejército, con un monarca de alta capacidad, no es posible que prevalezca una política que no esté adaptada á las circunstancias del pais, no es dable que se sostengan en el poder unos hombres, si existen otros que posean un sistema mejor, y que al mismo tiempo sea realizable La Francia sufre esa política porque la merece."

. . . . . .

Estas palabras se tomaban entonces como desahogos de la ira, ó como armas de partido; ¿y qué diremos ahora, cuando se han cumplido los pronósticos de una manera tan terrible? Es verdad que lo sucedido estaba fuera de todas las previsiones; pero el pronóstico tampoco se daba con pretensiones de profeta, descendiendo á pormenores, y fijando dias, y siempre con arreglo á lo que allí mismo se decia, hablando de la posibilidad de los pronósticos políticos.

Lo de los intereses que apoyaban el trono, es otra ilusion: con todos los favorables, es preciso contar los contrarios; solo así se estima el valor de la estabilidad. Habia indudablemente muchos intereses que sostenian á Luis Felipe; pero si esta razon valiese, jamas se habria consumado revolucion alguna. Por lo mismo que la revolucion se hace, deben existir elementos coligados para sostener el órden de cosas que aquella se propone destruir. En 1789 habia tambien numerosos y robustos intereses agrupados al rededor de un trono que contaba catorce siglos de existencia, y sin embargo, este y aquellos fueron arrollados por la pujanza revolucionaria, y des-

aparecieron del suelo francés como flacos arbustos barridos por el huracán. La profunda debilidad del gobierno de Luis Felipe no comenzó el 23 de Febrero, solo se reveló: lo que tan fácilmente se hunde, flaco, muy flaco debió de ser; una dinastía cuyos individuos huyen en dispersion, sin encontrar apoyo en ninguna parte de una manera nunca vista en la historia de los infortunios reales, preciso es convenir en que tenia pocas raices en la Francia, y que era una cosa enteramente postiza que no se sostenia sino por medio de artificiosas combinaciones. La habilidad de Luis Felipe ha consistido en guardar equilibrio entre dos abismos por un sistema de tira y afloja y jugado, por decirlo así, á los ministerios. "Me considero, decia él mismo, como el conductor de un carruaje; tomo los caballos que encuentro, y no los que quiero." El infortunado no preveia que no siendo mas que conductor, los señores que iban en el coche podian echarle á él y á sus caballos. Y en efecto, así ha sucedido: la revolucion de Febrero ha sido la peor de las revoluciones, la revolucion *du mépris*, la revolucion del desprecio, como han dicho los parisienses y como se decia ya mucho antes.

Un hecho llama la atencion en los últimos acontecimieutos, y es la influencia que Paris ejerce sobre la marcha del mundo. Paris conmueve á la Francia, la Francia á la Europa: ayer parecia firme y asentado sobre base sólida el *statu quo* europeo; hoy todo se desmorona, y hasta es imposible calcular si podrán sostenerse tronos que se creian fuertes. ¿Qué ha sucedido? Paris se ha sublevado, ha derrocado el gobierno y proclamado la república; la Francia atónita recibe la noticia y se somete con mas docilidad de la que manifestar pudieran provincias sujetas á un sultán. La Europa, cuyo corazon es la Francia, se conmueve tambien: no parece sino que la sociedad europea es un gran viviente cuyos órganos y miembros se alteran por la inflamacion de una víscera vital. Así durante el imperio romano desde los Partos hasta los Gaditanos, esperaban las provincias con ansiedad las noticias de los acontecimientos de Roma, y la victoria de esta ó aquella faccion, de este ó aquel ambicioso decidia de la suerte del mundo.

El ascendiente de Paris sobre la Francia es antiguo: así cumple á una capital que á lo populoso reune otras muchas ventajas; pero su dominio esclusivo data de la revolucion de 1789. Bajo Enrique III y Enrique IV vióse Paris amenazado por ejércitos franceses; bajo Luis XIV, la regencia, Luis XV y Luis XVI, aunque fuera mucho el peso de la gran ciudad en la balanza de los negocios, conservaban aún las capitales de provincia no escasa importancia. Al saberse que lo pensaba el parlamento de Paris, se deseaba saber tambien cuál era la opinion de los demas parlamentos. Al estallar la revolucion de 1789 duraba todavía la fuerza del espíritu provincial; á mas de otros hechos puramente políticos y morales descuellan las insurrecciones de varios departamentos que se oponian á las voluntades del gobierno de Paris. Progresando la revolucion,

venciendo á todos sus enemigos interiores y esteriores, sojuzgando con una mano á la Vendée y rompiendo con otra los cetros de los monarcas coligados, formóse en Paris un centro de accion ante el cual fueron humillándose las pretensiones provinciales. Desde 1789 hasta 1804 acostumbróse la Francia á que una insurreccion en Paris derrocase un gobierno, que las combinaciones de unos individuos de Paris le diese otro gobierno: así tomó de manos de los parisienses el terror de la convencion, el directorio, el consulado, el Imperio: bajo la restauracion el ascendiente intelectual y moral de Paris fué tomando incremento, la fusion de toda la Francia en un cuerpo homogéneo cuya sola cabeza fuese la capital, la constitucion de la Francia en una máquina movida toda por un solo manubrio que estuviese en Paris se consumó hasta tal punto, que en 1830 la Francia vió desaparecer una constitucion y una dinastía sin que se la consultase, sin que se hiciese mas que trasladar el manubrio desde las Tullerías á la casa de la villa.

Este hecho revela un enervamiento del espíritu público en Francia, porque no hay vigor cuando se abdica de tal modo el derecho de ser oido en las cuestiones que mas interesan. ¿Qué es esto? El telégrafo dice, el duque de Orleans es nombrado lugar teniente del Reino y la Francia le reconoce: el telégrafo añade, la rama primogénito queda proscrita, la familia de Orleans es llamada á reinar; y la Francia proscribe á la rama primogénita y acata á la familia de Orleans: el telégrafo dice, se ha llamado á la duquesa de Orleans para la regencia pasando por encima del llamamiento del duque de Nemours, hecho por una ley solemnemente discutida, y la Francia responde bien está; el telégrafo dice, se ha constituido un gobierno provisional y la Francia se inclina ante el gobierno provisional; el telégrafo dice, que el gobierno provisional quiere la república y que se la ha proclamado en Paris, y la Francia responde viva la república. Esto no es libertad, esto no es vigor de espíritu público, es enervamiento, es postracion.

Jamas se vió una delegacion mas absoluta de lo que se apellida soberanía nacional: Paris tiene á manera de unos poderes tácitos de toda la Francia para hacer de ella lo que quiera: monstruosidad intolerable, pues que si la capital encierra un millon de habitantes, la Francia contiene treinta y cinco millones. Ademas, ¿quién ignora que una capital disipada con los placeres, enervada con los goces, dominada por el espíritu de interes individual, tiene poco brío en los momentos de apuro para resistir á una faccion osada, que tiene la ventaja de la organizacion y el plan para dirigir sus fuerzas sobre puntos determinados y dicidir la victoria? Cuando la duquesa de Orleans se presentó con sus hijos en la cámara de los diputados hubiera sido proclamada regente sin ni una duda, á no ser asaltado el palacio de la cámara por unos cuantos hombres atrevidos: difícilmente penetrarian en la sala de las deliberaciones un centenar de hombres armados; esto echa abajo el proyecto de regencia,

crea un gobierno provisional, y de la Francia monárquica hace una república.

Hay en Paris á mas del número un centro de inteligencia, riqueza, ambicion que fortalecido por la centralizacion administrativa, fascina instantáneamente á la Francia y arrebatándole la conciencia de las propias fuerzas, no le permite ni aun la idea de resistir. Se ha dicho que por el número y género de los elementos acumulados en Paris hay allí la verdadera representacion de la Francia, pues que se concentra en la capital la parte mas activa, mas inteligente, y por tanto la que tiene derecho á decidir de los destinos de la Francia. Mucha elasticidad se necesita en las teorías de delegacion política para llegar á semejante resultado: como quiera y supuesto que la nacion se resigna, preciso es despues que Paris está rodeado de una muralla que la pone á cubierto de un golpe de mano aun de los ejércitos mas poderosos y encierra doscientos mil paisanos armados, cuya inmensa mayoría pertenece á la clase de trabajadores, preciso es que al estudiar el curso de los acontecimientos en una nacion tan grande estrechemos el horizonte, no viendo mas que una ciudad en cuyo recinto podrán agitarse las pasiones y batirse y destrozarse las facciones, á semejanza de lo que acontecia durante los siglos medios en las diminutas repúblicas de Italia. Es verdad que considerado Paris como un foco donde se reune la actividad é inteligencia de la Francia, es necesario no perder de vista las modificaciones que la opinion pública del pais puede introducir en los acontecimientos de su capital, pero, ¿quién es capaz de calcular las modificaciones que á su vez puede sufrir esta opinion pública al llegar al foco que debe reflejarla? es seguro que no sufrirá graves mudanzas, quizás una descomposicion completa? es de creer que no, y mas probable parece lo contrario.

Oradores fogosos, periodistas locuaces, empleados ambiciosos de ascensos, cesantes necesitados, directores de clubs, aventureros de todos los paises, emigrados revolucionarios, viageros amantes de aventuras, jornaleros sin trabajo, perdidos que no quieren trabajar, malvados que esperan la primera ocasion para recobrar una fortuna que han disipado ó adquirir la que no tuvieron jamas, este conjunto forma una masa flotante, bastante por sí sola para promover un trastorno en una poblacion donde la forma de gobierno deja libertad á las fuerzas de las facciones para desenvolverse y declarar la guerra al gobierno establecido: añádase á esto el temor de perder cada uno lo que tiene si se atreve á resistir á los amotinados, la ligereza de carácter que distingue á los parisienses, la consiguiente facilidad con que varian de opinion deseando novedades en la política como las desean en la moda, y por fin, el ímpetu que en un momento dado distingue al pueblo francés, y vease si el predominio absoluto de Paris no tiene gravísimos inconvenientes para el porvenir de la Francia. Un periódico, criticando la administracion francesa ha dicho con mucho ingenio y verdad, que la centralizacion no estaba centralizada: lo que el periódico aplica la falta de trabazon de las oficinas administrativas, mejor puede aplicarse á la falta de vínculos políticos y morales de que adolece Paris. Aquella es la cabeza de la Francia, y ella en si mismo es la anarquía viviente. Diversidad de creencias ó mas bien ausencia de intereses, de pretensiones, de ambiciones, sin que haya ningun individuo, ni una clase que pueda prometerse dar estable direccion á un órden de cosas; en todo variedad, en todo caprichos, en todo lucha, en todo confusion, esta es la cabeza á que está encomendado el dar á la Francia órden y armonía.

La revolucion de Febrero plantea dos problemas.

¿Es posible la forma republicana en los paises de Europa, regidos actualmente por monarcas?

¿Es posible alterar las relaciones actuales entre el trabajo y el capital?

El porvenir de Europa depende de la resolucion que á estos problemas se de en Francia. Examinarlos, pues, es conjeturar sobre la suerte de las monarquías existentes y la organizacion de la sociedad en sus puntos mas trascendentales.

Se ha dicho que en Francia la república es imposible, y como quiera que no es fácil el hacerla volver pronto á la monarquía, se infiere que dada esta imposibilidad deberia sufrir aquel pais vicisitudes profundas.

El ensayo acometido por la Francia es nuevo en el mundo, no hay ejemplo de él á no ser que se le busque en un breve y sangriento periodo de su revolucion de 1789. Ha habido repúblicas aristocráticas, oligárquicas, democráticas, pero unas con federalismo, otras limitadas á un pais corto, otras escluyendo de los derechos políticos á la inmensa mayoría de los ciudadanos; pero una república unitaria, con el nivel tirado sobre todas las provincias y sobre todos los individuos, con un centro político solo y con el sufragio universal, esto es nuevo: el ensayo á que se arroja la Francia va á resolver un problema político que hasta el presente solo ha estado en los libros.

El corto periodo de la revolucion do 1789 en que se hicieron tentativas semejantes, no da luz suficiente para resolver la cuestion. La Francia acababa de derribar una monarquía de 14 siglos y quebrantar el poder de algunas clases privilegiadas, sobre aquel monton de ruinas cubiertas de sangre, nada se podia organizar sino la guerra; el terror fué la guerra contra todos los obstáculos interiores, el criminal frenesí de la victoria ensangrentándose contra todo cuanto inspiraba la mas ligera sospecha de poder disputarlo; el desbordamiento de los ejércitos franceses sobre toda la Europa fué la guerra contra los soberanos coligados para ahogar la revolucion. Semejante estado de cosas era incompatible con ningun pensamiento de órden y armonía: lo que habia comenzado con sangre y fuego debia terminar con fuego y sangre; el drama que se abrió con la

toma de la Bastilla se cerró con la entrada de los aliados en Paris. Así es, que por mas nebuloso que se presente el porvenir de la república actual y aun cuando es harto de temer que este porvenir no esté exento de sangre, sin embargo, no cabe duda en que se distingue de la república de 1793 por caractéres muy marcados. Lo que ha caido no es un trono de 14 siglos, sino un engendro nacido entre las barricadas; no hay clases privilegiadas que sostengan derechos antiguos fundándose en principios de justicia, sino un conjunto de personas ricas que desean conservar su propiedad, y al reclamar preponderancia en los negocios públicos, no se funda en tradiciones sino en teorías. No hay lucha contra la nobleza y el clero y por esto no se persigue á sus individuos, hay lucha sí contra la aristocrácia del oro fundada en nombre de la libertad y á impulso de la economía política, y por esto es atacada en su prepotencia con lo que se llama organizacion del trabajo, que á su vez se quiere organizar tambien á impulso de nuevas doctrinas económicas y de las teorías de la libertad.

Se tiene por averiguado que la forma republicana es facil en los Estados muy pequeños, pero muy difícil en los grandes. Las repúblicas de Italia en los siglos medios y aun en épocas posteriores, la de las provincias unidas y la de Suiza, manifiestan lo primero; siendo indicio de lo segundo, el que todos los grandes Estados de Europa, han propendido constantemente á la monarquía. El moderno ejemplo de las repúblicas de América, en especial, la de los Estados-Unidos, nos muestra una república organizada en Estados de grande estension; sin embargo, es preciso notar que aun allí no hay una república como se quiere constituir en Francia, sino un conjunto de Estados unidos en confederacion. Anque con las correspondientes diferencias se ve allí lo mismo que en Suiza, cuyo hecho induce á sospechar que una república unitaria debe de encontrar graves dificultades, supuesto que no la vemos en ninguna parte sin las condiciones de federalismo.

Reflexionando en busca de las causas que hacen difícil la forma republicana unitaria en Estados de grande estension, y fácil en los pequeños, se las encuentra en la confusion que debe de producir un conjunto de elementos demasiado numerosos, cuando se quiere que converjan todos á un punto para crear un centro de gobierno. Se concibe que en un pais de medio millon de habitantes, por ejemplo, se desplieguen todas las fuerzas sociales en la esfera de la política, sin que resulte una conflagracion. Lo diminuto del poder público, la imposibilidad de arrojarse á guerras esteriores, no consiente el desarrollo de esas ambiciones desmedidas que surjen en los grandes Estados soñando en empresas gigantescas Las mismas discordias civiles toman el carácter de pequeñas sediciones y nunca se levantan á la altura de una verdadera revolucion; pero á una nacion de 35 millones de habitantes decirla: tú eres soberano, ejerce de hecho tu soberanía, pon en movimiento todas tus fuerzas, arma

á todos tus individuos, llévalos á todos á las urnas electorales, otórgales á todos la capacidad de ser elegidos para la asamblea legislativa y aun de tomar asiento entre los individuos del gobierno, otórgales á todos la libertad de hablar, de escribir, de asociarse, de discutir en los clubs privados y públicos sobre las cosas políticas, religiosas, sociales y morales, escita todo lo que hay en tu seno, de vida, de actividad, lánzolo todo á la esfera política y haz en seguida que el inmenso conjunto de fuerzas resultante de este movimiento y desarrollo, converja todo á un punto y allí forme un centro de armonía, de donde salga la unidad necesaria para sostener el órden público y administrar con paz y estabilidad todos los pueblos sometidos al vasto imperio de la república; decir esto á una nacion, es exigirle que resuelva un problema difícil, árduo, quizás imposible. La Francia lo ensaya: ¿lo conseguirá? Aventurado seria el prometerse semejante resultado, y si debiera juzgarse en pro ó en contra, mas fundado seria el pronóstico de que, ó la Francia valverá á una monarquía, ó abandonará el principio de la unidad absoluta, inclinándose al federalismo,

La postracion en que han caido las capitales de provincia, y la accion absorvente y restringente que ejerce sobre todo el pais la centralizacion administrativa, imposibilita por de pronto el desarrollo del federalismo y no deja que siquiera nazca en las cabezas semejante idea; la preponderancia de Paris es tanta, que no solo no ocurre el pensamiento de que se pueda tratar de igual á igual, sino que ni aun se considera posible el poner cortapisas á su mando absoluto. Otra razon para que sea por ahora deshechado el federalismo, es el espíritu de nacionalidad. Quien tratase de quebrantar la unidad de la república, seria mirado como traidor y sospechoso de estar de acuerdo con los enemigos de la Francia. Estas consideraciones sin embargo pueden modificarse con el tiempo, y á ello da lugar el mismo establecimiento de la república. Sometida la Francia á una monarquía que en un instante llevaba su accion hasta el último confin por el telégrafo, por los gendarmes, la policía, la administracion fuertemente organizada y que intervenia en todo, y todo esto teniendo á la espalda un ejército de mas de cuatrocientos mil hombres, resultaba naturalmente que el pais carecia de la conciencia de su propia fuerza, y que todo conato individual y aun provincial se sintiese anonadado delante del poder colosal que gobernaba desde Paris. Los derechos políticos otorgados á un número tan escaso como era el de doscientos mil electores, para treinta y cinco millones de habitantes, no bastaba á escitar en el espíritu público la conciencia de su fuerza, mucho menos cuando con artificiosas combinaciones se habia conseguido que los cuerpos colegisladores se llenasen de empleados, verificándose la famosa frase, de que mas bien que gobierno representativo, habia representacion del gobierno.

Pero proclamada la república y no como quiera, sino con el su-